



Carta de amor

Escrito por ©Dunia Oriana González Rodríguez³⁴

Esperabas sentada, con el lápiz entre los dedos, tu café. El mismo café cargado de todos los días para ir al periódico. Llegaste temprano a tu cafetín, como solía decirte Ricardo. El mismo Ricardo, sí, el encargado de las crónicas al estilo Alfredo Molano. Ricardo se parecía tanto a Carlitos, tu primer amor. Estabas absorta mirando cómo pasaban las personas con sus abrigos hasta el cuello que no te fijaste cuando el mesero trajo tu orden. Cogiste la galleta con chips de chocolate; la mordiste; sentiste que estaba fresca y crocante. Llegaste más temprano de lo habitual para empezar la carta de amor. Unas dos décadas ya habían transcurrido desde la última vez que te enamoraste profundamente y decidiste que lo mejor era confesar tu amor mediante una carta; en ese tiempo estaban de moda. El aroma cítrico del café aminoró el frío y evocó, por un instante, el bálsamo que habitaba tu casa número 3.

Así las has ido enumerando en tu vida. Esa era la tercera. Era una casona colonial, de fachada blanca y de techo de teja de barro. En el medio había un rectángulo que dejaba entrar el sol. El rectángulo iluminaba un pozo de piedra y unos cuantos materos con sus respectivas plantas ornamentales y florecidas. Las columnas eran grandes troncos de madera. De ellas colgaban helechos sembrados en unas canastas de alambre. Los recipientes eran insuficientes para estas Pteropsidas de aspecto terrorífico y raíces espesas. El techo era alto y estaba tiznado por los años y las telarañas. Tal vez, en otra época, mucha gente vivía allí y el humo de la cocina dejó su rastro en los maderos superpuestos del techo. Recuerdas las habitaciones alrededor del solar. Unas diez habitaciones con puertas de madera pintadas de azul celeste, con un candado petrificado por el óxido y una aldaba que le hacía juego. Algunas tenían cascarnes de pintura desprendidos, y podías ver, al raspar con tus uñas, colores como el verde y el amarillo cubierto por la última capa de pintura de aceite. Tu madre y tú llegaron para enero, justo unos días antes de que ella trabajara en el colegio. Tú eras una niña callada, para ser exacta, solitaria. Tú y tu madre se acomodaron en la habitación más grande, justo en el ala derecha; muy cerca de la cocina y el baño, cuyas paredes de piedra estaban cubiertas de enredadera de maracuyá...

34 Licenciada en español y literatura de la Universidad Industrial de Santander, Colombia. Especialista en creación narrativa de la Universidad Central. Magister en escritura creativa en español de la Universidad de Salamanca, España. Es editora y correctora de estilo para Cuatro Ojos Editorial. Escritora y bloguera.



Tomaste un sorbo de café. No podrás olvidar ni las flores azules y raras de esa planta, ni tampoco los abultados gusanos negros que llegaban para comer los frutos; menos el horror de bañarte tan rápido que ninguno de ellos se desprendiera y cayera en tu cabello o en la espalda. Abriste tu libreta. En la parte superior derecha de la hoja pusiste la fecha; más abajo: «Querido Ricardo»... Llegaste a ese pueblo tan solitario en las noches. ¡A veces ni los perros se escuchaban ladrar!...

Mordiste una vez más la galleta y reparaste en que todos los del café tenían los ojos clavados en el nuevo smartphone, pensaste: «¿Qué debo escribir?». Y muchas imágenes del pueblo regresaron a tu cabeza. «¿Cómo olvidar tu escuela?». Una escuela de dos salones, en la que niños de todas las edades aprendían al mismo ritmo. Una escuela de paredes que llevaba como logo «Escuela nueva» y si te fijabas en su aspecto parecía que en cualquier momento iba a desaparecer. Tú con tu cuaderno de dibujos a reventar porque la mayoría de cosas tu madre ya te las había enseñado. Tu libreta de dibujos, «¡si no fuera por mi libreta!», te dijiste sonriendo. La mayoría de niños se iba de las clases y no volvían. Casi todos debían marcharse del pueblo. Otros llegaban sin previo aviso y entonces tu maestra debía repetir los temas que tú te sabías de memoria...

El mesero vino a la mesa y te trajo otra ración de galleta. No recuerdas si la pediste incon-

scientemente llevada por tus recuerdos, como a veces te sucede. Tus ojos se clavaron en la «o» de Ricardo... ¿Cuántos niños llegaban y se iban? ¿Cuántos nombres anotaste en tu libreta? Más de 20 nombres. Escribiste y tachaste: Tachaste. Tachaste. Ese día te sentías aburrída. El bochorno te hacía bajar gotas de sudor por la frente. La maestra recogió tu largo cabello para que pudieras estar más atenta y abanicarte menos. Eran las onces de la mañana cuando una señora gorda con un vestido de flores rojas interrumpió la clase. Te reíste de la señora porque se parecía a la vaca que habías coloreado unos días atrás, solo que a ella le faltaban los tacones y las perlas en el cuello. Viste que traía a un niño de la mano. Él te miró y el brillo de sus ojos te dejó perpleja. Sin saber muy bien, miraste al lado derecho de tu pupitre y corroboraste que aún permanecía vacío; alzaste la vista rápidamente por el salón y había unos cuantos más. Tu corazón dio un vuelco. Te paraste y con una voz temblorosa dijiste: «¿Se puede sentar conmigo, maestra?». No sabes muy bien si fue el calor o tu maestra ya sabía del amor que accedió sin chistar...

Tan distraída estabas que se cayó el lápiz de los dedos y tuviste que buscarlo debajo de la silla. Algo que Carlitos hacía constantemente desde que se sentaron juntos. Tu solo agradecías y no podías hablarle nada. En la hora del descanso tú jugabas con las niñas a saltar la cuerda; él jugaba al fútbol con los demás niños. Recuerdas que el tiempo

de verano pasó y las lluvias inundaron las calles del pueblo y los salones de la escuela... tac-tac-tac... un sonido repetitivo de agua chocando contra la superficie plástica de los baldes que tu maestra, tus compañeros y tú se turnaban para desocupar y reubicar si era necesario. La lluvia iba incrementando a medida que los mosquitos nacían y picaban. La lluvia amenazaba con cerrar la escuela; tumbar el puente; acabar la carretera; dejar sin comida al pueblo. Tenías miedo de no asistir a la escuela. Quisiste rezar a un dios y tu madre te había desprovisto de toda creencia. Tu madre te explicaba que era época de invierno y como vivías en un país tropical, así era el clima. Tú escuchabas a las personas del pueblo hablar de los derrumbes, tu madre parecía inquieta. Tú veías que no era la lluvia en sí lo que hacía que los adultos también sintieran miedo...

Tu lápiz se deslizó por la libreta y dibujó una calavera. Te tocaste el cuello y estiraste las piernas. Dibujaste otra calavera. La lluvia para el mes de noviembre era constante, ¡imparable! Odiaste la lluvia porque al principio podías jugar con los niños en la escuela a saltar los charcos; correr tomada de la mano de Carlitos bajo los chorros de las canaletas; luego la escuela fue cerrada porque de la lluvia se le desbarató una parte del techo. Tu maestra resolvió que lo mejor era cerrarla para ser reparada. Y tú supiste que la odiosa lluvia no pararía y los arreglos tomarían varios días, tal vez meses. Tú volviste ese día empapada a casa y sin saber el motivo, lloraste.

Tu madre pensó que tu tristeza tenía que ver con las clases, así que te regaló varios libros para leer y dibujar, a manera de consuelo. También te prometió un lugar más bonito para vivir. Te diste cuenta que la lluvia irrumpió en la cotidianidad del pueblo: la mayoría de tiendas abrían en la mañana y cerraban después de medio día en que la humedad era aún más sofocante. Te quedaste en la casona leyendo y añorando volver pronto a la escuela. También renegabas porque el colegio permanecía abierto y tu madre trabajaba la jornada completa. Tu mayor pasatiempo era deambular por la casa; contabas los gusanos, las flores del jardín; jugabas a saltar la cuerda pero terminabas aburrída, acodada en la venta mirando cómo diminutas rayas verticales caían sin parar. Empezaste a inventar dioses que escucharan tus plegarias para que pudieras volver a la escuela y jugar con Carlitos. «¡Qué triste vivir a las afueras del pueblo!», te reprochabas. Si tan solo estuvieras más cerca de tu amigo, si tan solo tus dioses te escucharan...

Te reíste de las cosas cursis mientras sorbías el café... Descubriste que a la semana ya no hacías nada; a veces medio ojeabas los libros. Pensaste en tomar un impermeable e ir a la casa de Carlitos a jugar. Tal vez tu madre se enfadaría: te protegía de la fiebre amarilla y el dengue que eran las enfermedades que la lluvia había traído al pueblo. Decidiste arriesgarte. Te pusiste tus botas rojas de plástico y el impermeable morado,

cuando estabas lista con la indumentaria, dejaste entreabierto la ventana para poder entrar cuando regresaras. La sombrilla rosada tenía estampado el rostro de *La bella y la bestia* y se doblaba por el peso del agua. En el camino te diste cuenta que había niños desnudos jugando bajo la lluvia. ¡Qué envidia! Caminaste de charco en charco auscultando las calles vacías; reparando en las puertas de las casas en las que se veían brillar los ojos de las gentes que anhelaban como tú, que la lluvia se fuera. Te pareció grande el pueblo.

Después de varios minutos caminando por la mitad de la calle, para evitar que los afluentes de agua sucia te arrastraran por las cunetas, llegaste a la plaza. Allí te encontraste con tu amiga Lala. Llevaba un impermeable naranja y su bicicleta de Barbie. Te contó que sus padres le habían permitido jugar en la casa de Carlitos. Lala era de ojos oscuros y de cabello negro. Su madre siempre le hacía una trenza. Te alegraste y fuiste a la casa de Carlitos en compañía de Lala. Jugaste con ellos al dominó y a las escondidas; y por primera vez viste dibujos animados en un televisor a blanco y negro mientras comías galletas *wafer* de vainilla con Pony Malta. ¡Pasaste una tarde inolvidable! Te fuiste antes de las cinco sabiendo que ya era tarde. Al despedirte Carlitos te besó en la mejilla y tú saliste corriendo detrás de Lala. Te sentías feliz... Eso lo recuerdas.

Tomas café y recuerdas cuán feliz te sentías; y lo estúpida que te sientes por no

poder escribir una carta de amor a Ricardo... Al llegar a casa, tu madre estaba furiosa. Lloraba y te decía, señalando con el dedo índice, que afuera no solo era la lluvia sino los camiones y los hombres que vestían de verde quienes eran peligrosos. Te preguntó si viste los camiones en la plaza, te hizo jurar que no miraste el interior de esos carros de carga y que no saldrías sin su permiso... Te parece que eras muy inocente, tal cual como son las niñas a esa edad... Aunque prometiste no salir sin su permiso, cada tarde jugabas con Carlitos y Lala; y lograste llegar a casa antes de que tu madre se enterara. Ya entrabas con facilidad por la ventana. Ya habías visto en repetidas ocasiones a los hombres de verde custodiando los vehículos de capota negra. Tú pasabas mirando las líneas de greda que hacen a cuadros las calles del pueblo. Pasabas rápidamente para no quebrantar del todo tu promesa. Eras feliz al jugar con tus amigos que ya importaba poco si abrían la escuela o no, si la lluvia hundía el puente o dejaba sin alimentos el pueblo...

Insistes en escribir frases bonitas para Ricardo: «Son tus ojos...»; «es tu voz una melodía, un estruendo...». Y reconoces aquella noche en el que el estruendo, parecido al de un trueno, hizo retumbar las paredes de la casa. Tú te despertaste. Tu madre estaba parada al lado de la puerta. Viste su cara pálida. Te tomó del brazo y te llevó debajo de la cama. Te repetía: «silencio-silencio-silencio». Sentías calor y temblabas. Estabas debajo de

la cama. Tenías miedo de las cucarachas. Tu madre te cubrió con cobijas. El bullicio duró hasta que el sueño te obligó a dormir. Amaneciste debajo de la cama. Tu mamá se veía diferente. Sus manos temblaban. Ese día la lluvia había aminorado; y no saliste de casa. Tenías miedo del estruendo. Lala vino a buscarte en su bicicleta. Ella también despertó debajo de la cama. Prometiste jugar con ellos al día siguiente...

Tu café se acabó y pediste uno más con un croissant. Siempre te abre el apetito recordar... Al otro día, cumpliste tu promesa al jugar con ellos. Antes de irte Carlitos dijo que se marcharía. Te quedaste de piedra sin saber qué decir. Te prometió que se despediría. En ese momento, te prometiste escribir una carta de amor. Te besó una vez más en la mejilla y te abrazó. Aún no sabes qué pasó ese día contigo. Te fuiste tranquila, cantando de charco en charco. Esa noche le pediste ayuda a tu madre para escribir una carta. Tu madre te habló de los diferentes tipos de carta, al final de su lista dejó la de amor. Te fue difícil encontrar las palabras adecuadas. Cada vez que intentabas plasmar lo que sentías la hoja terminaba arrugada y tirada en el piso. Repetiste una y otra vez la misma mecánica hasta que tu madre te mandó a dormir. Tú decidiste que lo mejor era decir: «¡Buen viaje Carlitos, te llevaré siempre en mi corazón!»; y agregaste una foto tuya en la que te faltaba un diente de adelante. Esa noche la lluvia aumentó su intensidad. Al otro día la mayoría de calles

estaban inundadas...

Te estiraste sobre la silla; miraste a tu alrededor y el café estaba a reventar. Esta vez no era tan fácil. Ricardo no se iba, al contrario, se alojaba en tu corazón y tú debías darle una respuesta a la propuesta de alquilar un apartamento para los dos y casarte... El murmullo de las personas te distrajo por un momento de las calaveras que dibujabas. El mesero hablaba con la chica de la barra. «¡Qué fornidos lucían sus brazos!»; miraste por la ventana y el cielo estaba gris, y la temperatura seguía bajando. Ricardo estaba en buena forma. Sonreíste y mordiste el borrador de lápiz...

Ese día fue difícil caminar por el pueblo. A lado y lado de las calles transitaba un río de aguas turbias que amenazaba con arrastrarte. Caminaste bajo la lluvia temerosa de que se mojará tu carta. Cuando estabas cerca de la plaza, miraste los camiones y a los hombres vestidos de verde. Te acercaste como hipnotizada hacia donde trabajan los hombres. Eras pequeña para ver realmente qué contenían. Te quedaste parada mirando cómo los hombres vestidos de verde acomodaban unas bolsas negras en su interior. Supusiste que hacían tres y cuatro hombres para envolverlas. Caminaste por la puerta que habían puesto como rampa para acceder a la carrocería del camión. Había un hombre que acomodaba los bultos que los otros le pasaban: bultos recubiertos con bolsas ne-

gras de basura. «¿Por qué mamá te había prohibido mirar?»; estabas a punto de retirarte cuando uno de los hombres por la lluvia dejó resbalar un bulto...

Con tu mano chocaste torpemente la taza de café y regaste un poco su contenido. Con prisa limpiaste el pequeño charco de café... ¡Plas! Escuchaste cómo el bulto se chocó contra el suelo. Los hombres se apuraron para recogerlo. La bolsa cedió al contenido; una mano salió buscando descanso, luego un rostro cubierto de tierra, con labios morados, te saludó. Un ojo te miró. Sentiste que te sacudías. Te pesaron las piernas; quisiste correr, tus ojos seguían mirando aquel rostro sucio y pálido. Los hombres vestidos de verde lo devolvieron a su envoltura. Te espetaron: «¡Largo de aquí!». Corriste en diferentes direcciones: pensabas en que los hombres podrían atraparte como a aquel Carlitos de la bolsa de plástico negra, corriste en dirección contraria a la casa de Carlitos. Llegaste a tu casa y te metiste debajo de la cama. Lloraste lamentando que Carlitos se había marchado sin tu carta de amor... Cuando terminas el último sorbo de café sabes que aún cuesta perdonarte el incumplir a tu madre aquella promesa... «¿Por qué miraste el interior de los camiones?». La misma pregunta siempre. Dejas sobre la bandeja el dinero de la cuenta. Has cerrado tu libreta, sabes muy bien qué vas a escribir para Ricardo.